

ACERCA DEL V CENTENARIO DEL ENCUENTRO ENTRE DOS MUNDOS

Javier Martínez

La necesidad que el hombre siente de crear dioses de suprema perfección y demonios de absoluta maldad halla un claro exponente en la figura de Colón: santo en el IV centenario de su llegada a las Indias, criminal en el V, conmemorado hace dos años.

Con ocasión de la celebración de la Exposición Colombina en Chicago, en 1893, el Presidente Benjamine Harrison lo alabó como "the pioneer of progress and enlightenment" ⁽¹⁾. Cien años después, the National Council of Churches in the United States rechaza toda idea de celebración. "The quincentennial should be an occasion not for celebration but for repentance" ⁽²⁾. Uno de los jefes del American Indian Movement va más lejos: "Columbus makes Hitler look like a juvenile delinquent" ⁽³⁾. Y el Gobierno de Canadá decidió no tener ningún acto de celebración basándose en que la llegada de Colón llevó a la destrucción de las culturas indígenas. La reacción de América Latina ha sido, en palabras de Vargas Llosa,

... wider and deeper, for south of the border, Columbus functions not as a pretext but as an alibi. The conquest serves as the perpetual excuse for the failure of Latin American countries to achieve human, stable and progressive democracies. Latin America must begin to accept responsibility for its own fate ⁽⁴⁾.

Por otra parte, no han faltado historiadores que, olvidando que una de sus tareas es preservar la complejidad de la Historia, hacen tabla rasa de todo lo que no conviene a sus posturas políticas, nacionalistas o ecológicas y se convierten en moralizadores anacrónicos. La obra de Kirkpatrick Sale, The Conquest of Paradise, viene en primer lugar a la mente.

Colón fue un insigne navegante, un hombre a caballo entre la Edad Media y la Moderna, un aventurero doblado de místico. Su falta de escrúpulos para conseguir oro y, cuando éste faltaba, su disposición a hacer esclavos para venderlos, costumbre corriente en aquel tiempo no sólo en todo el Viejo Mundo, sino también entre los indios, están bien documentadas y han contribuido

justamente a presentarnos una imagen de Colón bien diferente de la que promovió un sinfín de ciudades, plazas y calles dedicadas en su honor. Pero de ahí a compararlo con Hitler va un abismo, el abismo que media entre el genocida cuyos medios técnicos le permiten poner en práctica sus ideas diabólicas y el hombre cruel que explota sin piedad a un número limitado de súbditos o esclavos.

La obra de España

El IV Centenario se celebró en España en medio de un ambiente de orgullo nacional. Nadie se avergonzaba aún de lo realizado por España en América, y a la mente de todos venía con aprobación el juicio del cronista López de Gámara: "La mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo crió, es el descubrimiento de las Indias". No así en 1992: algunas de las voces más iracundas para condenar la empresa imperialista y de rapiña que inició Colón se han levantado entre españoles. La hoja parroquial de las diócesis de Tarragona, Vic y Solsona, en un editorial titulado "¿Qué celebración?", arremetía contra "la actuación dominadora constante de los países occidentales respecto a América Latina durante estos cinco siglos" ⁽⁵⁾. En el municipio gaditano de Puerto Real se pretendió levantar un monumento a las "víctimas de la invasión europea de 1992", como expresión de culpabilidad histórica por el genocidio y explotación del indio ⁽⁶⁾. En el mismo orden de cosas, un grupo de jóvenes libertarios, disfrazados de indios, ocuparon la catedral de Sevilla escenificando una ceremonia de desagravio al indio frente a la tumba de Colón. Este acoso, relativamente reciente pero implacable, a la figura de Colón en particular y a la obra de España en general, hace plantearse ineludiblemente el tema de la matanza de los indios.

Causas del exterminio de los indios y el padre Las Casas

La conducta abusiva del conquistador, su ideal de vida basado en el desdén por el trabajo y el apego a la ociosidad, fueron denunciados a la Corona y al Consejo de Indias tanto por misioneros como por funcionarios coloniales. Entre aquéllos, el franciscano Motolinía, después de casi 20 años de experiencia en

México, escribe en 1542:

... la mayor parte son labradores de España, hanse enseñoreado de esta tierra y mandan a los señores principales naturales de ella como si fuesen sus esclavos..., se hacen servir y temer como si fuesen señores absolutos y naturales, y nunca hacen otra cosa que demandar, y por mucho que les den nunca están contentos; a doquiera que están todo lo enconan y corrompen, hediondos como carne dañada, y no se aplican a hacer nada sino a mandar; son zánganos que comen la miel que labran las pobres abejas, que son los indios ⁽⁷⁾ .

Nada de esto era nuevo. Cualquier ganapán llegado al Nuevo Mundo sólo imitaba la conducta de los señores, que hacían otro tanto en España. Las brutalidades perpetradas por los conquistadores con los indígenas eran una mera repetición de lo que se había hecho en Europa durante siglos, por no hablar de otras partes del mundo. Los españoles no inventaron nada; la barbarie de la conquista española es la de toda conquista: violencia, imposición y uso de la fuerza. Esta ley de hierro se impuso también en territorio americano. En el juicio general que nos merezca la imposición por la fuerza de otras culturas, aunque sean más avanzadas, debe ser incluida España, pero no como un caso aislado de conducta reprochable en medio de otras más ejemplares. No lo fueron, desde luego, las propias culturas indígenas, bárbaras y feroces tanto frente a otras razas como hacia su misma población. Si acaso España introdujo algo nuevo, fue el autocuestionarse la razón de la conquista y de criticarse a sí misma hasta la médula. El Imperio español fue el único que vivió en su seno un gran debate sobre su derecho a expropiar a los indios de sus tierras y su libertad. Es una triste ironía que este cúmulo de voces levantadas en defensa del indio haya sido aprovechado para sentar las bases de la leyenda negra y, en consecuencia, presentar a España como un país particularmente brutal. Nadie ha contribuido más eficazmente a esta labor que el Padre Las Casas. Desde su aparición en 1542 su libro Brevísima relación de la destrucción de las Indias se convirtió en la piedra angular de todos los ataques dirigidos a España. Sucesivas ediciones, algunas de ellas ilustradas con los espeluznantes grabados del flamenco De Bry, añadían una nota visual para que la imaginación no tuviera que esforzarse al leer los relatos del cura dominico. Es interesante observar que sus fechas de edición coincidían con los momentos más críticos de las

guerras entre la España de los Habsburgos y sus enemigos europeos. Durante siglos los historiadores, especialmente los extranjeros, que eran los más, tuvieron por palabra santa el testimonio de Las Casas. Al fin y al cabo él había estado allí, lo había visto con sus propios ojos, ¿por qué ponerlo en duda, especialmente si el país acusado era la odiada y católica España? Se desestimaron acusaciones de los contemporáneos de Las Casas en el sentido de que éste era "hombre de invenciones e imaginaciones e injuriador". Se desestimó el testimonio de Bernal Díaz del Castillo cuando refiriéndose a Las Casas escribe:

... afirma que sin causa ninguna, sino por nuestro pasatiempo y porque se nos antojó se hizo aquel castigo, y aún dícelo de arte en su libro a quien no lo vio ni lo sabe, que les hará creer que es así aquello y otras crueldades que escribe, siendo todo al revés, perdóneme su señoría que la diga tan claro, que no pasó como lo escribe ⁽⁸⁾ .

El pasaje tiene relación con la matanza de los cholutecas. Es harto improbable que Cortés hubiera mandado matar a un grupo de indios indefensos: no era ése su estilo, como se puede ver a lo largo de toda la Crónica de Bernal Díaz. Motolinía, en fecha posterior a la obra de Las Casas, en 1555, escribe al Emperador:

De diez años a esta parte falta mucha gente destos naturales, y esto no lo han causado malos tratamientos, porque ha muchos años que los indios son bien tratados, mirados y defendidos, mas halo causado muy grandes enfermedades y pestilencias que en esta Nueva España ha habido, y cada día se van mucho apocando estos naturales...no hay aquel descuido ni tiranías que el de Las Casas tantas veces dice, porque, gloria sea a Dios, acá ha habido en lo espiritual mucho cuidado y celo en los predicadores, y vigilancia en los confesores, y en los que administran justicia obediencia para executar lo que Vuestra Majestad manda acerca del buen tratamiento y defensa destos naturales ⁽⁹⁾ .

Motolinía, que como hemos visto anteriormente, no dudaba en su carta de 1542 en fustigar la conducta de los conquistadores, se nos aparece mucho más digno de credibilidad que Las Casas, que en toda su vida no habla ni una sola vez de epidemias, ni admite jamás la existencia de épocas de buen trato a los indios.

En 1963 Don Ramón Menéndez Pidal publicó su obra sobre el célebre fraile: El Padre Las Casas, su doble personalidad, que, en forma exhaustiva y documentada, ponía en tela de juicio todo lo anteriormente escrito sobre tan complejo personaje. Cabía pensar que, dado el enorme prestigio académico del sabio español, su honradez intelectual y su profundo conocimiento de la Historia, el libro de Las Casas pasara a un muy segundo plano como testimonio de valor histórico. No ha sido así. Julián Marías, en su España inteligible, se lamenta del vacío que en algunos círculos se le ha hecho y duda que haya visto la segunda edición ⁽¹⁰⁾. Y es que cuando la historia se escribe desde posturas de intransigencia política o ideológica se hace muy difícil abandonar el "culto litúrgico lascasiano" como lo denomina el mismo Menéndez Pidal.

Las ocasiones en que éste prueba la demencial exageración de Las Casas son innumerables. Los defensores del dominico arguyen que sus hipérboles son meras figuras literarias y que en lo esencial -la inaudita crueldad de los conquistadores- no yerra. Sin embargo el problema aquí no es el de la crueldad, probada en muchos casos pero consustancial a toda conquista, sino si ésa pudo, como quiere la leyenda negra, haber provocado por sí sola la extinción de los indios. Y es en este plano donde el investigador de buena fe topa con las exageraciones de Las Casas. Cuando a raíz de la destrucción de la ciudad de Guatemala en 1541 por una erupción volcánica, el escribano de México en un despacho a España habla de una tormenta que arrastraba piedras de hasta diez bueyes, podemos tomarlo como exageración de mayor o menor bulto. Cuando Las Casas, que se halla en España a la sazón, lee el informe y, pareciéndole pequeña la calamidad, la aumenta a "tres diluvios juntamente, uno de agua y otro de tierra y otro de piedras más gruesas que diez y veinte bueyes" ⁽¹¹⁾, todo ello sin ton ni son, hemos de empezar a poner en duda la objetividad de lo que escribe. Cuando al hablar de la Isla Española dice que su borde norte es más grande que todo Portugal; cuando después de relatar tantísimas atrocidades sin conceder al lector un respiro de una buena acción de los españoles o una alabanza a su esfuerzo físico y valor ante todo tipo de penalidades y peligros, concluye: "protestando en Dios y en mi conciencia ... que en todas cuantas cosas he dicho y cuanto lo he encarecido, no he dicho ni encarecido, en calidad ni en cantidad, de diez mil partes (de lo que se ha hecho y hace hoy) una" ⁽¹²⁾, ¿qué pensar aquí: también hipérbole literaria?

Las Casas da en una ocasión la cifra de 12 millones de indios matados por

los españoles en 40 años, para corregirse un poco después: 12, no; más de 15⁽¹³⁾. Tres millones arriba o abajo: también cuestión de figuras literarias. El profesor norteamericano John Tate, basándose en la lista de embarque de Bermúdez Plata durante 50 años, calcula que hubiera costado una generación de españoles para alcanzar las cifras de Las Casas, matando cada uno de ellos un indio los días laborables y tres los domingos. Menéndez Pidal hizo su propio recuento de los indios muertos según Las Casas y resulta que éste se quedó muy corto en la suma de sus propias cifras: no son 15 sino muchos más de 24. El ilustre historiador ofrece los cálculos de Levillier: cada español para hacer verídica la cifra, no de 24, sino de 15, tendría que haber matado unos 375,000 indios al año, es decir, bastantes más de 1,000 al día⁽¹⁴⁾. Ya Bernal Díaz apelaba al sentido común:

Pues de aquellas grandes matanzas que dice que hacíamos, siendo nosotros obra de cuatrocientos soldados los que andábamos en la guerra, que harto teníamos de defendernos que no nos matasen o llevasen de vencida; que aunque estuvieran los indios atados, no hiciéramos tantas muertes y crueldades como dice que hicimos⁽¹⁵⁾.

La gran equivocación de Las Casas fue que para denunciar una situación muy real de abusos y sufrimientos eligió, probablemente creyendo que sería más efectivo, la exageración y el partidismo como métodos. Jamás reconoció una mala acción de los indios. En los sacrificios humanos de los aztecas encontró el valor de la devoción hacia la divinidad. Cuando fray Luis Cáncer fue enviado a Florida "como un cordero entre los lobos" y sacrificado por los indios poco después de su desembarco, aceptará su inmolación argumentando que un cristianismo fiel al Evangelio necesita de mártires. En cambio, respecto a los cristianos ni siquiera concede el beneficio de la duda. Al hablar en su "Destrucción" del Río de la Plata, confiesa de entrada que "como está muy a trasmano de lo que más se trata de las Indias, no sabemos cosas que decir señaladas", para añadir a continuación: "Ninguna duda empero tenemos que no hayan hecho y hagan hoy las mismas obras que en las otras partes se han hecho y hacen"⁽¹⁶⁾. Tratándose de españoles ¿qué otra cosa podía esperarse? Pero los españoles eran cristianos, desde el primero hasta el último habían vivido en un país dirigido espiritualmente por religiosos como Las Casas. ¿No pensó éste en la enorme contradicción que suponía llevar una religión, en cuyo seno se habían

formado tales monstruos, a unos pueblos que, a pesar de su politeísmo y sacrificios humanos, eran un dechado de perfecciones?

Las epidemias

Hoy la leyenda negra que, atribuyendo a las rudimentarias armas de la época la capacidad destructiva de las bombas nucleares, ponía la causa de la extinción de los indios en las campañas a sangre y fuego durante la conquista, está superada. Hubiera podido estarlo hace siglos con sólo leer con objetividad los documentos que contradecían abiertamente las acusaciones de Las Casas. El licenciado Lucas Vázquez de Ayllón, sorprendido por la debilidad que observa entre los indígenas, escribe:

Es gente que de sólo vivir en orden se muere, aunque sea holgando, como parece por las mujeres de esta nación que se han casado con españoles, que con ser tratadas como es razón que los hombres traten a sus propias mujeres sin entender en cosa de trabajo, andando siempre vestidas y durmiendo en cama de Castilla y comiendo buenos manjares, son muertas la mayor parte y más, y la mayoría de ellas que son vivas viven héticas y dolientes ⁽¹⁷⁾.

Motolinía, en su carta de 1555 antes citada, habla de una terrible epidemia de viruela ocurrida en 1545 y lanza un grito de alarma ante lo que considera la falta de veracidad de los escritos lascasianos. 15 años antes, en su Historia de los indios de la Nueva España, su testimonio es apenas menos acusador de los excesos de los conquistadores que el de Las Casas. Los tiempos, sin embargo, han cambiado, muchos abusos se han cortado o atenuado, la razón de la muerte de los indígenas en México se debe a espantosas epidemias que acaban cuando no con los 2/3, los 4/5 de los poblados. Motolinía, sobrecogido ante tamaña mortandad, se pregunta si no será un castigo divino por los grandes pecados e idolatrías anteriores. Fray Domingo de Betanzos también creía ver el dedo de Dios en esa epidemia de viruela que venía durando meses y de la que en cada pueblo, como Cholula o Tlaxcala, morían de 400 a 1,000 indios cada día. En términos parecidos, Fray Bernardo de Sahagún contempla la desaparición de los aborígenes "no tanto por los malos tratamientos que se les hacen como por las pestilencias que 'Dios

les envía' " (18) .

Resulta difícil imaginar la desesperación con que los indios verían la desaparición de ingente número de ellos ante enfermedades que no tenían ningún poder contra los extranjeros. Los misioneros creían que las conversiones en masa de los indios al cristianismo se debían a la intrínseca superioridad de esta religión. No les parecía anormal que de la noche a la mañana abandonaran los dioses de sus antepasados, a los que durante siglos habían agradecido su sustento y protección. Hoy la explicación de tan extraño fenómeno hemos de buscarla en algo más pragmático: los indios vieron que sus dioses eran impotentes ante las enfermedades, mientras que el de los cristianos protegía a éstos contra ellas. Este mismo desengaño, junto a la disolución de sus formas tradicionales de vida y la explotación inmisericorde de los conquistadores, dio lugar a lo que se ha venido en llamar "desgano vital" que, además de llevarles a prácticas como el suicidio y el aborto, aumentó su receptividad a las enfermedades. Estas eran causadas por microorganismos, inexistentes en América por un aislamiento de milenios. Dolencias como el tifus, la gripe, la viruela y otras propias de la infancia como el sarampión y la rubeola, eran transmitidas por los españoles que, por haberlas ya padecido, eran portadores de sus virus y bacterias, a los cuales eran inmunes. Entre los indígenas adquirieron una extrema virulencia, capaz de acabar con pueblos enteros en un corto período de tiempo.

Cuanto más aislada del resto del mundo ha vivido una población -y tal era el caso de los indígenas de América-, tanto más destructivamente opera el contagio de los agentes patógenos, y cuanto más primitiva era una tribu indígena, tanto más rápidamente se extinguía. En los primeros veinte o treinta años, las epidemias, sobre todo de sarampión, viruela y tifus, segaron la vida de aproximadamente las tres cuartas partes de los indígenas (19) .

Y aquí tenemos la clave del dominio militar, cultural y espiritual que un reducido número de españoles impusieron a innumerables gentes. Las epidemias no sólo arrasaban altísimos porcentajes de la población, sino que destruían anímicamente a los supervivientes. Los misioneros, como hemos visto anteriormente, siguiendo la tradición bíblica, veían en tamañas calamidades un castigo divino. Los indios, cuyas doctrinas religiosas también les enseñaban que

los dioses podían usar sus poderes sobrenaturales para castigar a los hombres, y que nunca habían experimentado nada parecido, no tenían más remedio que aceptar por válida tal explicación. Dada esta misma interpretación por ambas partes de la causa de las pestilencias, la parcialidad de los dioses por los blancos era evidente: las enfermedades pasaban de largo ante ellos, por muy crueles y codiciosos de oro que fuesen. Los blancos parecían gozar del favor divino en todo lo que hacían. La única respuesta de los indios ante tan extraño fenómeno era la sumisión total. Las estructuras tradicionales tanto del poder civil como religioso se derrumbaron, los dioses de los antepasados o eran impotentes o también favorecían a los enemigos: la situación era propicia a las conversiones en masa, que los misioneros anotaban con orgullo. Docilidad absoluta a las órdenes de gobernadores, curas, dueños de haciendas y de minas, recaudadores de impuestos, de cualquiera que tuviera piel blanca y hablara en voz alta. Cuando los dioses se habían pronunciado tan claramente contra las tradiciones y creencias nativas, ¿qué sentido tenía ofrecer resistencia?

El Prof. William McNeill, en su magnífico estudio Plagues and Peoples, ofrece esta explicación de la conquista de México:

From Hispaniola, smallpox traveled to Mexico, arriving with the relief expedition that joined Cortez in 1520. As a result, at the very crisis of the conquest, when Montezuma had been killed and the Aztecs were girding themselves for an attack on the Spaniards, smallpox raged in Tenochtitlán. The leader of the assault, along with innumerable followers, died within hours of compelling the Spaniards to retreat from their city. Instead of following up on the initial success and harrying the tiny band of Spaniards from the land, therefore, as might have been expected had the smallpox not paralyzed effective action, the Aztecs lapsed into a stunned inactivity. Cortez thus was able to rally his forces, gather allies from among the Aztecs' subject peoples, and return for the final siege and destruction of the capital.

Clearly, if smallpox had not come when it did, the Spanish victory could not have been achieved in Mexico (20).

En época mucho más reciente hay varios casos documentados que dejan pocas dudas sobre la devastación que puede producir una epidemia. En 1903, los Cayapo, una tribu suramericana, aceptó un misionero, que hizo cuanto estuvo en su mano para protegerles de los peligros y males de la civilización. Cuando llegó, la

tribu se componía de una población entre 6,000 y 8,000. 15 años más tarde quedaban sólo 500. En 1927, es decir, 24 años desde su llegada, 27 personas sobrevivían, y en 1950 sólo 2 ó 3 descendientes de los Cayapo existían, pero la tribu había desaparecido completamente, esto a pesar de las mejores intenciones del misionero y de su deseo de protegerles contra enfermedades y otros riesgos del contacto con el exterior. Hay numerosos otros ejemplos: en 1942-43 la apertura de la carretera de Alcan en un lugar apartado de Alaska provocó tal desastre entre los habitantes indígenas, que en un solo año tuvieron que hacer frente a 8 enfermedades diferentes: sarampión, rubeola, disentería, tos ferina, paperas, amigdalitis, meningitis e ictericia. La extinción total pudo ser evitada por el traslado en helicóptero de los enfermos a hospitales: sólo 7 de 130 perecieron. Sin el beneficio de la medicina moderna, la tribu Mandan, que algo más de un siglo antes, en 1837, se hallaba en lucha con los Sioux, vio reducido su número, a consecuencia de una epidemia, de dos mil a treinta o cuarenta en unas semanas. Los supervivientes fueron capturados por sus enemigos, de modo que los Mandan dejaron de existir ⁽²¹⁾.

Ciertamente en nuestra época de enorme crecimiento demográfico es difícil imaginar tales catástrofes:

Overall, the disaster to Amerindian populations assumed a scale that is hard for us to imagine, living as we do in an age when epidemic disease hardly matters. Ratios of 20:1 or even 25:1 between pre-Columbian populations and the bottoming-out point in Amerindian populations curves seem more or less correct, despite wide local variations ⁽²²⁾.

A la vista de estos datos, es tiempo ya de desechar la idea de una política consciente de exterminio del indio tanto por parte de la Corona como de sus representantes en las Indias. Ciertamente no era en el interés de los españoles que trabajadores y contribuyentes disminuyeran. Los historiadores anteriores, al hacer un estudio crítico de textos antiguos, estaban muy influidos por su propia experiencia con las epidemias en Europa. Aunque algunas de ellas habían causado mortandades terribles en diversas épocas, no se aproximaban ni de lejos a los porcentajes que señalaban algunos textos de América. Por eso tendían a considerarlos exagerados. No comprendían la enorme diferencia que existe entre la incidencia de una enfermedad familiar en una población que ha adquirido defensas con el transcurso del tiempo y los estragos que esa misma infección

causa en una comunidad que no posee ninguna inmunidad. Son elocuentes al respecto las palabras de un misionero alemán en 1699: "The Indians die so easily that the bare look and smell of a Spaniard causes them to give up the ghost" (23).

NOTAS

- (1) Schlesinger Jr., Arthur, "Columbus - From Hero To Fall Guy", en The Daily Yomiuri, 11 de mayo, 1992.
- (2) Ibid.
- (3) Ibid.
- (4) Ibid.
- (5) El País, 19 de octubre de 1993.
- (6) Eslava Galán, Juan, El enigma de Colón y los descubrimientos de América, p. 235.
- (7) Herren, Ricardo, La conquista erótica de las Indias, p. 29.
- (8) Díaz, Bernal, Historia de la Conquista de la Nueva España, cap. LXXXIII, p. 139.
- (9) Menéndez Pidal, Ramón, El Padre Las Casas, p. 101.
- (10) Marías, Julián, España inteligible, p. 205.
- (11) Menéndez Pidal, Ramón, op. cit., pp. 106-107.
- (12) Las Casas, Bartolomé de, Brevísima relación de la destrucción de las Indias, p. 169.
- (13) Menéndez Pidal, Ramón, op. cit., p. 100.
- (14) Ibid.
- (15) Díaz, Bernal, op. cit., cap. XVIII, p. 27.
- (16) Las Casas, Bartolomé de, op. cit., p. 152.
- (17) Herren, Ricardo, op. cit., pp. 113-114.
- (18) Menéndez Pidal, Ramón, op. cit., p. 113.
- (20) McNeill, William, Plagues and People, p. 183.
- (21) Ibid., p. 181.
- (22) Ibid., p. 190.
- (23) Ibid., p. 186.

BIBLIOGRAFIA

Arens, W., The Man-eating Myth, Oxford University Press, New York, 1979.
Bataillon, Saint-Lu, El Padre Las Casas y la defensa de los indios, Ariel, Barcelona, 1976.

- Díaz del Castillo, Bernal, Historia de la Conquista de la Nueva España, Ed. Porrúa, México, 1967.
- Eslava Galán, Juan, El enigma de Colón y los descubrimientos de América, Planeta, Barcelona, 1992.
- Herren, Ricardo, La conquista erótica de las Indias, Planeta, Barcelona, 1991.
- Las Casas, Bartolomé de, Brevísima relación de la destrucción de las Indias, Ed. de Saint-Lu, Cátedra, Madrid, 1982.
- Madariaga, Salvador de, De Colón a Bolívar, Edhasa, Barcelona, 1955.
- Cristóbal Colón, Espasa-Calpe, Madrid, 1992.
- Marías, Julián, España inteligible, Alianza, Madrid, 1985.
- McNeill, William, Plagues and People, Doubleday, New York, 1976.
- Menéndez Pidal, Ramón, El Padre Las Casas, Espasa-Calpe, Madrid, 1963.
- Olaizola, José Luis, Hernán Cortés, crónica de un imposible, Planeta, Barcelona, 1990.
- Sale, Kirkpatrick, The Conquest of Paradise, Knopf, New York, 1990.